



Concierto familiar en 1908. GETTY/IMAGES

NARRATIVA

Entre bromas y veras

Manuel Longares aborda con grandes dosis de humor la pasión por la música en su novela *Sentimentales*

POR JOSÉ-CARLOS MAINER

Se lo contó Manuel Longares a Juan Cruz en EL PAÍS, no hace mucho. La novela surge como un diseño imperativo que avanza párrafo a párrafo, cerniendo la prosa, y cuaja allí por la página 30. Y siempre mantiene ese fondo de invención gozosa, aunque sea en un relato realista tan intenso como *Romanticismo*, donde trató de la intimidad del barrio de Salamanca en los últimos años del siglo pasado, o al abordar en *Nuestra epopeya* la vida del proletariado que sobrevivió a la Guerra Civil y se buscó vida y destino en los cincuenta. No debe extrañarnos, pues, que otras novelas de Longares se atengan a la imaginación pura y hasta a la fantasía, la parodia y el pastiche (como su inicial trilogía *La vida de la letra*). Un coetáneo de Longares, Luis Mateo Díez, ha hecho lo mismo, mezclando las invenciones provincianas que hablan de una posguerra sórdida, de sobrevivientes y descontentos o de lóbrigos cafetines con el mundo imaginario de Celama o con un estallido de semillas narrativas (*Vicisitudes*), o con una novela que se construye a través de la elección de una onomástica chusca y de un lenguaje a la vez escarnecedor y piadoso, como es *El hijo de las cosas*.

También las últimas novelas de Longares tienen que ver con la construcción de un mundo arbitrario, aunque también sea real y quizá nuestro espejo. Barruntamos que algo tendrá que ver con estos años atolondrados, gregarios, cínicos y salvajes. En su novela anterior, *El otoño absoluto*, trató de las desventuras que trae la vocación de la literatura; *Sentimentales* trata de la pasión por la música. La obsesión filarmónica lo es todo para los habitantes de esa pequeña ciudad que vigilan celosamente el coronel Rodrigo y sus sicarios.

El periódico se llama *Antojos y Deleites*, las calles se denominan del Oboe o de la Anacrusa, y las gentes de dividen en los bandos de Septiminos y Corcheas. Lo mezclan todo: la música clásica más accesible (la que los melómanos llaman "merluza"), las zarzuelas y los pasodobles, pero no les gusta el *Bolero* de Ravel, "tomadura de pelo", y prefieren "el inmortal *Antón Perulero*" o "Cocidito madrileño repicando en la buhardilla" que cantaba Pepe Blanco, tan castizo. Para ellos, Toscanini es Tosca; Betho, Beethoven; Wag, Wagner, y Shosta, Shostakóvich.

Lo cuenta, con énfasis y humor, un narrador anónimo (como la pequeña ciudad que habita) que habla por sí, pero parapetado en un "nosotros" satisfecho. Las tres partes de *Sentimentales* gradúan, sin embargo, esa perspectiva coral: "Nosotros" presenta el panorama general: "Tú y yo" se demora en la relación del narrador con Armonía Mínguez, donde la mezcla de música y magreos resulta inolvidable, y el final, "Ellos", vuelve al plano colectivo en un acusado *crecendo*. Culmina en la muerte del gordo Gandarias, atragantado por uno de los caramelos de menta que siempre lleva doña Tecla, mientras en el auditorio suena *La trucha* (con la participación de un chico muy listo, con gafas redondas, que nunca sabemos si es Franz Schubert, como tampoco hemos sabido si es cierto que Toscanini dirigió allí un concierto). El narrador termina *in bellezza*: "Al vuelo de banderas y epitalamios aprendimos aquel día que la mejor palabra es la que está por decir". A esta novela tan divertida no le sobra ninguna...

Sentimentales

Manuel Longares
Galaxia Gutenberg, 2018
225 páginas, 18,90 euros

NARRATIVA

Morir en California

POR LAURA FERNÁNDEZ

De ejercicio nostálgico calificó en su momento (1963), en realidad, una década más tarde, Joan Didion esta, su primera novela, la historia de un matrimonio malogrado, la historia, en realidad, de dos mujeres atrapadas en su propia condición de mujer en un tiempo —el que va de 1938 a 1959— en el que ser mujer consistía en convivir con una monstruosa desorientación existencial, provocada por una absurda dependencia del hombre, que, en la mayor parte de los casos, era más un niño poderosamente malcriado que otra cosa. Pensemos en la víctima y el verdugo de esta historia, Ryder Channing, el tipo que primero vuelve loca a Martha (McClellan), tataranieta de una familia de pioneros californianos —la novela es también un fascinante cruento y despiadado y a ratos pretendidamente idílico retrato de época y, sobre todo, lugar: el mito de una California rural que, en palabras de la propia Didion, "nunca ha existido"—, y luego a su cuñada, Lily —personaje tan inolvidable, por desesperanzadoramente malherido, como el de la Maria de *Según venga el juego*—, por el mero placer de divertirse. Pero de todo eso nada sabemos cuando oímos el disparo. Es Lily quien lo oye, en la primera línea de la novela. Y parece despreocupada. También desorientada. Lily no sabe lo que hace ni por qué lo hace, y, a ratos, lo sabe exactamente. Lily no puede soportar que Everett esté lejos, y a veces lo está, y cuando eso ocurre, Lily pasa el rato con otros tipos, y hace la clase de cosas que te obligan a ir a San Francisco a deshacerte de algo que no esperabas y que no quieres. Narra, Didion, bajo el agua, sin subir a por aire, o haciéndolo a cada rato, mediante digresiones que construyen historias dentro de historias, dolorosas y carverianas escenas entre hombres y mujeres condenados a no entenderse, y hay música (narrativa) y tristeza, una tristeza y una soledad infinitas, en la odisea de Martha y en la odisea de Lily, mujeres que están siendo utilizadas por los hombres que las rodean y que ejercen la única libertad de que disponen en un mundo demasiado pequeño. Un brutal y asfixiante, un demoledor, clásico, que nunca se ha tenido como tal, quién sabe por qué.



Río revuelto

Joan Didion. Traducción de Javier Calvo. Gatopardo, 2018
312 páginas, 20,90 euros

NARRATIVA

Adiós a un mundo

POR JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Imagine el lector un buen páramo inglés en Cornualles; una posada siniestra que todas las diligencias rehuyen; una joven huérfana, atractiva y decidida, que de noche busca refugio en tal posada, donde vive su tía casada con el brutal matón que la regenta; unos parroquianos con pinta de facinerosos y las sombras en la oscuridad de una banda de contrabandistas y asesinos. ¿Algún lector de novelas de aventuras y misterio puede pedir más? Si: puede pedir que esa historia se la cuente Daphne du Maurier, nacida en 1907, hija del actor y empresario Gerald du Maurier y nieta del escritor y caricaturista George du Maurier (*Trilby*; editorial Funambulista, 2006).

Daphne du Maurier es una escritora de estirpe decimonónica que, en plena efervescencia de las vanguardias del siglo XX, se aferró al modo de contar victoriano y consiguió grandes éxitos con novelas que fueron adaptadas con fortuna al cine (*Rebeca*, *Los pájaros* es esta misma *La posada Jamaica*) por el maestro Alfred Hitchcock.

Todo el capítulo primero es una obra maestra de ambientación que anuncia lo que nos espera: una historia de amor, emociones, intriga y maldad apoyada en aquellas viejas historias inglesas que hablan de los naufragios provocados por piratas de tierra desde la costa confundiendo con las luces a los barcos que atraviesan el canal de la Mancha para hacerlos embarrancar y conseguir un sustancioso botín a costa de la muerte de inocentes.

Tanto en las angustias y emociones de la valerosa y alocada protagonista como en las espléndidas descripciones de la naturaleza o de la brutalidad de los malvados, de la nocturnidad o de la vida rústica hay repeticiones, pero no hasta el extremo de disuadir al lector del siglo XXI: más bien al contrario, el detenimiento en el relato y el cuidado del detalle nos remiten a una escritura cuya cadencia es propia del placer tradicional de leer. De hecho, en la segunda novela, *Monte Verità*, que discurre con la misma cadencia, cambiamos absolutamente de asunto y de medio, que no de Naturaleza, ya que en esta novela son las montañas suizas las que enmarcan la historia. *Monte Verità* es una *novelle* desgajada del libro de relatos titulado *The Apple Tree and Several Long Stories*, al que también pertenece *Los pájaros* (*Los pájaros y otros relatos*; El Paseo Editorial, 2017). Es la historia de un "amor fatal", de un hombre perdidamente enamorado de una mujer que un día le abandona y cuya pista encuentra en una montaña donde vive una especie de enigmática secta de inmortales a los cuales la mujer se ha unido y que son odiados y temidos por las gentes del lugar. El hombre trata de llegar a su amada y consigue conectar con ella, pero ella se halla en otra dimensión de la comprensión humana y del amor (simbólicamente: en una comunidad de mujeres emancipadas aisladas en su espiritualidad en la cima inexpugnable de la montaña). El suyo es un amor imposible, trágico, en el marco de una sociedad rural que no comprende ni tolera a la secta, abocada a un trágico final. La historia está basada en la existencia real de una comuna cultural en Ascona (Suiza) a principios del siglo XX.

Daphne du Maurier escribe en y sobre un mundo que se acaba. Lo hace con el vigor de la literatura tradicional y el ingenio de una refinada mente literaria afinada en un rincón de su amada Cornualles.

La posada Jamaica

Daphne du Maurier. Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera. Alba, 2018. 400 páginas, 22 euros

Monte Verità

Daphne du Maurier. Traducción de Miguel Cisneros Perales. El Paseo Editorial, 2018
128 páginas, 16,95 euros

